

«A medida que repasaba sus batallas, encuentros y escaramuzas, sus fantasías lo llevaban por hechos nunca acontecidos, por espacios de la imaginación donde todo era creíble porque todo tenía la posibilidad de ser» (p. 128).

Abrir la sinrazón obsesiva de la lucha, cuando ya no se distinguen los motivos y sólo queda el mecánico acto de matar, confiere a este recuento un aire alucinado. La tropa de descabezados constituye ya una pesadilla recurrente de nuestra historia. Por ello, desde la muerte y el olvido, desde un episodio marginal, donde «a nadie le interesaba ya a cuál bando había pertenecido», Miranda recrea el verdadero sentido de aquellas fechas, exponiéndolas, imprecisas, evasivas, en el riguroso espejo del arte. El cuadro que Sinforoso Cuperman pinta o el poema que el alcohólico visionario oye en sus noches puritanas de Norteamérica: la terrorífica risa del cuervo de Edgar Allan Poe termina por reunir a todo el continente bajo los sombríos augurios de quien intenta, en vano, borrar la mancha de sangre: la del parto, la del degüello, la del origen. Al exponerla delante de nosotros Miranda termina por otorgarle a estos brochazos fosforescentes una épica grandeza. Un insospechado poder de revelación, en su lectura apasionante.

Si Arciniegas nos hunde en el descubrimiento y sus tensiones, y Miranda lo hace con la Independencia,

es evidente que la exploración obsesiva de tales orígenes solo parece resolverse en el ámbito reconciliador del sueño creativo. De la palabra que vuelve sobre sí misma, reflejándose en la muerte¹.

Los días del miedo, Antonio Montaña, Bogotá, Intermedio Editores, 2000, 432 pp., (también hay edición mexicana de Cal y Canto).

Una novela policíaca que es una novela política que es un guión cinematográfico y que es, a su vez, una magnífica novela como las de antes. Con amores, suspenso, denuncia y muerte. Un periodista, Antonio Castro, de 25 años, se empeña en desentrañar la muerte de quince personas en la plaza de toros de Bogotá, en épocas del «Excelentísimo Señor Teniente General Presidente». Habían abucheado a la hija del dictador y ahora las fuerzas del orden cobran venganza.

En tal indagación descubre una realidad que no sospechaba: la realidad de la censura y de la represión militar. Varios de los apartes describen esta casta:

¹ La totalidad de la obra poética de Álvaro Miranda, escrita entre 1966 y 1995, se halla reunida en *Simulación de un reino*. Bogotá, Thomas de Quincey Editores, 1996, 197 pp.

«Los pegaron cuando eran cadetes y ahora se sienten mejores cuando lo hacen con cualquiera. Han sido pobres porque a los cuarteles no llegan los hijos de los ricos y, como quieren dinero, están dispuestos a obtenerlo, no importa cómo; se humillan con los ricos para recibir sobornos y con los delincuentes para participar en ganancias, y a los débiles se lo sacan a pescozones. ¿No eran ahora coroneles y generales, capitanes y etc., dueños de fincas que habían comprado a crédito o por nada luego de haberlas barrido con ametralladora?» (p. 216-217).

También descubre la realidad acomodaticia de los jefes políticos y la realidad, en definitiva, de su inerte desamparo ante un mundo que por una parte lo intimida y por otra lo compra, a través de la hija del ministro. Terror y corrupción al más alto nivel.

Paralela a esta historia, y en eficaz contrapunto, las relaciones adúlteras de la mujer del capitán Cortés con el coronel Orduño nos dan la otra cara de los hechos, vista desde la perspectiva castrense y con la notable capacidad con que Montaña reconstruye hablas, jergas, anacronismos, estereotipos y cursilerías. Y revive, con humor, la atmósfera febril de la redacción del periódico:

«—¿Alguien sabe si Yehudi Menuhin es judío?

—Consulta a la sección deportiva —contesta Torres desde el fondo de la sala de redacción—. Con ese nombre, tiene que ser argentino y alero» (p. 57).

Su eficacia en los diálogos y su lacónica comprensión de los diversos ambientes —periódico, cuartel, tasca, finca de ricos y suburbio— arma un cuadro sabiamente entretejido de la Bogotá de los años 50 y la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla, que le ha valido los elogios de figuras como Fernando del Paso y José de la Colina, ya que en México pasó Montaña precisamente seis años como exiliado.

Pero agilidad y comprensión no le impiden estampar ciertos presagios agoreros:

«No me mires así: se les está acercando la muerte a las ciudades y ya ustedes comienzan a tener miedo. Ahora les llegarán los días del miedo y les voy a decir una cosa, que el miedo es tan jodido como la misma muerte» (p. 149).

El sensible cuentista de *Cuando termine la lluvia* (1963) ha logrado con esta novela ampliar la certeza de su escritura, siempre tan apegada a una sabia entonación realista pero también capaz de cerrarla en ese

final donde el absurdo cuestiona todas sus razones. El capitán Cortés pierde su pierna al intentar resarcirse de la traición de su mujer y el periodista, en una escena esperpéntica, morirá, ante la ira de un muletillo, en un irrisorio conato de entrenamiento para corrida bufa. Farsa irrisoria: debatir, en ese entonces, si los muertos en la Plaza de Toros fueron quince o veinte resultaba un asunto de vida o muerte. Hoy tales debates parecen tan tontos como anacrónicos. Cada matanza, y hay varias al año, superan ampliamente tal cifra. También la insensibilidad se ha multiplicado.

Sólo que la verdad, ocultada entonces de modo afanoso y cruel, ha saltado a la luz pública. Y el novelista, a su arbitrio, reconstruye la única verdad posible: la de su ficción, que es autónoma en sí misma pero también espejo del camino. Ese camino que transitamos con tanta pesadumbre como con el regocijo de que alguien clarifique, en definitiva, los turbios avatares de un suceso que como la matanza de las bananeras sólo la novela fue capaz de restituir a la historia e instalarla de nuevo en nuestra frágil memoria. No es de extrañar, entonces, que el libro haya permanecido durante el año 2000 como uno de los más vendidos. Si no entendemos el presente por lo menos buscamos esclarecer un tanto el pasado más próximo.

Intercambios violentos, Malcom Deas, Bogotá, Taurus, 1999, 113 pp.

No sé si en Oxford los catedráticos intercambian tarjetas de visita y en alguna de ellas diga «violentólogo». En todo caso Malcom Deas (1941) forma parte de esa subespecie referida a Colombia que tiene además ancestros tan ilustres como el de Georges Sorel de *Reflexiones sobre la violencia* (1906), el Frantz Fanon de *Los condenados de la tierra* (1961) o *Sobre la violencia* (1969) de Hannah Arendt.

La violencia, quién lo duda, también es una ciencia, con sus precursores y profetas, sus disidentes y sus simposios. Uno de ellos, en la pacífica Ginebra de Calvino, fue el origen de estas cien páginas briosas y estimulantes. Son también páginas no conformistas que comienzan por enterrar algunos evasivos cadáveres. Por ejemplo, aquel referido a nuestras guerras civiles:

«Matar gente puede ser un asunto costoso. A los colombianos, en el siglo XIX, no les resultaba fácil matarse los unos a los otros en gran número, el país era pobre y el armamento primitivo, la población vivía dispersa y esto siempre hacía difícil concentrar a grupos nutridos de personas para una batalla. Como también sucede en otras partes, la mayoría de las muertes de las guerras civiles fueron causadas por enfermedades».

Bien. Algo es algo. Malcom Deas acumula ideas y testimonios contra esa proclividad colombiana a querer también un pasado aún más violento, como si el presente no lo fuera lo suficiente. Además logra airear así esa cerrazón mental que se cree víctima de fatales hados con ejemplos también únicos, también válidos, también de hoy, complejos y violentos: Italia, Irlanda, Perú, ETA en España.

Esa reveladora historia comparada no lo dispersa ni lo aleja de su tema: el mostrar cómo el recurso a la violencia, tan socorrido hoy como ayer, «hace difícil generar en Colombia un atmósfera política en la cual la violencia política se rechace de modo convincente».

Sin tener enemigo externo hacia el cual encaminarla, y con una muy profunda identificación con su partido político, entiéndase liberal o conservador; en defensa de sí mismo, de su vereda o de su puesto público, el colombiano, con un Estado que no controla todo su territorio, unas instituciones que sin empezar a funcionar ya están siendo de nuevo reformadas, y una autoridad, más formal que operante, ve cómo, contra un trasfondo indiscriminado de todas las violencias, «los actos violentos individuales no se destacan, no hay contraste». «Y la sangre de los mártires recibe la más somera de las atenciones». Consultar los testimonios no previsibles y pensar por cuenta propia, lejos de

tantas teorías, confieren a estos «intercambios violentos», una vivacidad irritante. Sacuden, no hay duda, esa mollicie analítica que ha logrado quizás enquistar aún más nuestra violencia, al volverla sopor y rutina académica. Lugar común de los titulares nuestros y extranjeros: «Colombia, pueblo violento».

Cuando todos repiten lo mismo, Malcom Deas, legible y docto historiador de Oxford¹ habla, por fin en primera persona:

«Yo sostengo que ‘la política’ estuvo en la base de la violencia en Colombia, una política irreducible a términos que le parecieran más aceptables a cierto tipo de académicos, como tenencia de tierras, pobreza relativa o marginalidad».

J. G. Cobo Borda

¹ Inglés nacido en 1941, y vinculado a la Universidad de Oxford, Malcom Deas vino por primera vez a Colombia en 1963 y treinta años después, en 1993, reunió por primera vez sus trabajos sobre el país con el título de *Del poder y la gramática* y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993, 346 pp.